Avant Editorial

Avant Editorial

El hombre que cambió un imperio

Lalo Sánchez

Avant Editorial

Avant Editorial

El hombre que cambió un imperio

Lalo Sánchez

Avant Editorial

Primera edición, octubre de 2016
© Manuel Sánchez, 2016

Diseño portada: Leopoldo Torroba

Avant editorial
Dante Aligheri, 123
08032 Barcelona
www.avanteditorial.com
editores@avanteditorial.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Este libro ha sido impreso siguiendo las normativas:
UNE — EN — ISO — 14001 de gestión ambiental
UNE — EN — ISO — 9001 de gestión de calidad
ISBN: 978-84-16864-12-6
IBIC: FF

Imprime Estugraf
Impreso en la Unión Europea

Avant Editorial

Dedico este libro a mis cuatro mujeres:
mis hijas, Fátima, Vanesa y Mónica,
pero sobre todo a mi mujer, Paqui.
Mientras lo escribía la tuve abandonada,
y ella no solo tuvo paciencia
sino que me animó a hacerlo.

Avant Editorial

Avant Editorial

El amor es una dolencia rebelde, cuya medicina está en sí misma si sabemos tratarlo; pero es una dolencia deliciosa y un mal apetecible, al extremo de que quien se ve libre de él reniega de su salud y el que lo padece no quiere sanar.

Collar de la paloma, Ibn Hazm.

Avant Editorial

Avant Editorial

PRÓLOGO

En un tiempo, los españoles marcharon a América y volvieron como héroes, y de allí surgieron los indianos; más tarde, fueron a África y también regresaron como héroes; esta vez, como los africanistas. Y tiempo después, cuando se acabaron las tierras por conquistar, tuvieron que marchar a Alemania como emigrantes. Era la desesperación, el hambre y las injusticias lo que creaba hombres ambiciosos e inconformistas, convertidos a aventureros y, a veces, en héroes por necesidad.

Mi padre, a quien dedico este libro, pues es él quien cuenta esta historia, quiso ser africanista por necesidad, pero llegó tarde a África… Bueno, él llego tarde siempre: cuando nació fue el último de seis hermanos, que ya eran hombres y mujeres; los varones marcharon a la guerra, pero él todavía era pequeño, y cuando pudo ir, ya no había guerra y se fue a la persecución del bandolero. Su misión consistía en jugarse la vida pasando alimentos de estraperlo para su unidad por el puerto de Pajares, cuando se retiraban los agentes de aduanas porque pensaban que las fuertes nevadas impedirían el paso.

Fue tropa hasta que aprobó el curso de sargento y le hicieron suboficial. Ganaba una miseria, entonces marchó a Marruecos, pero ya no había ascensos por méritos de guerra y solo pudo quedarse un año, durante 1957, para desmontar una batería de

Avant Editorial

costa que tenía España en Punta Tarec, a cinco kilómetros de Tánger.

Aprobó el curso de brigada, pero tardaron en ascenderle, pues el general de turno no creía necesario esos cargos. Unos años después hizo el curso de teniente, pero de nuevo el general decidió que quienes tuvieran más de cuarenta y cinco años solo ascendieran a subteniente.

Por último, pudo aprobar para capitán, pero se retiró antes de ascender.

Cuando sus hijos habían formado sus propias familias y él enviudó, con parte de sus facultades mentales perdidas e ingresado en una residencia, quiso ser parte de una familia. Pero también llegaba tarde.

Entre sus historietas contaba esta. Cierta o incierta, no lo sé, lo que sí sé es que él creía en ella, como muchas otras que contaba.

Hay quienes llegan tarde y la sociedad les llama fracasados, como también existen otros, como *el Rubio*, a los que la vida al nacer les marca un destino especial.

Avant Editorial

CAPÍTULO 1

El *Rubio* suspiró, se puso tenso y su cuerpo quedó flácido, soltándome el brazo que hasta ese momento me agarraba con fuerza. La herida de su cuello cesó de sangrar mientras yo aún le sostenía entre mis brazos. Le dejé sobre aquel asfalto ardiente de la carretera y le miré. Mi amigo se había ido. Observé sus arrugas, sus ojos hundidos y la cicatriz que había marcado su vida. Tan gallardo en otra época, al final de sus días no había sido más que un guiñapo.

Luché por no llorar ante aquella gente que nos rodeaba. Éramos dos extraños en mitad del tráfico. Dos extraños que hacía años que no se veían.

Aquella mañana la mente me había jugado la mala pasada de todos los domingos, arrancándome del sueño a la misma hora que cuando trabajaba. El calor me ponía de mal humor. Comprobé la hora. Demasiado temprano para cualquier cosa, me dije.

En Ceuta estábamos de resaca de la feria, lo que unido a un Levante espantoso hacía que me encontrase sin fuerzas para nada. Me incorporé con gran esfuerzo y me metí en la ducha. Sabía que antes de vestirme estaría de nuevo sudando, pero de momento abrí el grifo y dejé que el agua fría resbalase por mi cuerpo.

Avant Editorial

Mientras me secaba decidí que iría al interior de Marruecos; en Xauen daba gusto en esa época del año. Siempre me había gustado pasear por esta ciudad alejada de la costa, con sus calles estrechas y frescas que por un momento te hacen olvidar el Levante, y donde solo se oye el martilleo de los artesanos trabajando sobre los platos de cobre.

En verano era una delicia por el frescor de su cascada y el pequeño riachuelo donde las mujeres lavaban la ropa. Además, hasta llegar a la pequeña ciudad, se transitaba por una carretera repleta de enormes árboles que protegían del sol.

Una ciudad de fachadas blancas, en las que el único contraste era el azul de sus puertas y ventanas.

—Lo hacen para que las moscas no entren, porque aquí en Marruecos nos faltan muchas cosas, pero de moscas somos el primer productor mundial —me decía siempre mi amigo Ibrahím.

Bajé las ventanillas del coche para que entrase algo de aire y arranqué decidido a escapar de aquella prisión de calor en que se había convertido aquel día Ceuta. Pero no tardé mucho en detenerme.

Al subir la calle empinada que conducía al barrio de El Mixto me encontré con el primer obstáculo: un camión que descargaba sillas para el cine de verano. Mientras esperaba me fijé en la plaza de toros, que se desmoronaba por todas partes. Busqué de un vistazo un escape posible a aquella ratonera, pero a mi derecha me cerraba el paso la fachada del colegio del Convoy de la Victoria y por mi izquierda tampoco podía salir.

Por fin el camionero se apiadó de mí y se apartó. Entré en Hadú, bajé la cuesta Parisiana, muy concurrida en las noches de juerga ceutíes, y otra vez el tráfico me detuvo, esta vez ante la puerta del cabaret. Allí discutían un viejo famélico

Avant Editorial

y borracho y quien parecía el jefe de sala, que le sacaba casi medio metro de ancho y de alto.

—Digas lo que digas, esa puta me ha quitado la cartera.

—Señor, aquí eso es imposible —le decía con toda la paciencia del mundo—. Además, no es la primera vez que le ha pasado con alguna de las chicas, y más tarde se la ha encontrado en el coche tirada.

El viejo, más enfadado, se empinaba para contestarle con una voz aguardentosa.

—Que sepa que no volveré. De mi palabra nadie duda. Y le voy a decir otra cosa, usted no sabe con quién está hablando, le voy a cerrar el local.

El jefe de sala apartaba la cara, imagino que por la bofetada del aliento a alcohol del borracho.

—Mire, señor, eso lo viene diciendo usted todos los días. Y como todo los días, le vuelvo a decir: ¿se ha mirado en el bolsillo trasero del pantalón? Además, si cierra el local, quien le va a aguantar.

Poco después me encontré con el hijo mayor de Emilio. Caminaba cuesta abajo hacia su huerta y su granja de cerdos. A modo de saludo le pregunté:

—¿Qué, a trabajar?, ni los domingos se descansa.

—¡Que va! Ojalá fuera así. Hoy voy a algo más desagradable: los de Sanidad me han comunicado que tengo que sacrificar los cerdos, pues tienen la fiebre africana.

Al llegar a la entrada del camino de la huerta se despidió de mí.

—A ver si empieza ya la temporada de caza y por lo menos disfrutamos un poco.

Por fin, llegué a la bodeguita de la España vinícola y, una vez que pasé el puente del ferrocarril que en tiempos iba hasta Tetuán, me dirigí a la frontera. Aquí ya se notaba el cambio en

Avant Editorial

la temperatura, gracias a las olas que rompían a la izquierda de la carretera.

El guardia de la frontera española me dio paso con la mano, y llegué a la frontera marroquí. En esta las cosas eran distintas, un policía marroquí me dio el alto, se acercó lentamente a la ventanilla y, mirándome como si fuera el peor de los asesinos, me dijo:

—¡Pasaporte!

Me tuvo un rato con el pasaporte extendido para dárselo, mientras que él comprobaba que por el otro lado del coche no se colase ningún porteador sin que hubiese contribuido a la causa. A su causa. Al fin tomó el pasaporte y lo examinó. Luego me miró, pasó una página del documento, y volvió a mirarme, esta vez fijamente; y cuando yo creía que ya me iba a detener por haberme confundido con un terrorista, me alargó el pasaporte y me dijo, todavía no convencido de mi inocencia:

—Continúe —para a continuación, decir—: ¡alto! —En ese momento pensé que me habían pillado, no sabía por qué, pero por algo sería. Afortunadamente, pronto descubrí que no se dirigía a mí, sino a alguien que se colaba por el otro lado del coche.

Metí la velocidad y le sonreí a modo de despedida, él me miró con la impaciencia reflejada en su cara y me dijo a la vez que daba unos golpecitos en el coche:

—Vamos, vamos, vamos.

Cuando llegué a Castillejos me detuvo el tráfico. Al menos, el frescor del mar hacía más llevadero el viaje. Tenía muchas ganas de estar con mi amigo Ibrahim; he de reconocer que disfrutaba mucho de su compañía. Poseía un restaurante que durante mucho tiempo llevó el nombre de su mujer, Hadiya, pero tras un viaje que hizo a Granada para conocer la

Avant Editorial

Alhambra, pese al disgusto de su mujer, le cambió el nombre al restaurante por el del monumento nazarí.

—Cuando vi la puesta de sol desde el mirador de un tal Nicolás, que por lo visto era santo, me enamoré de la Alhambra y pude comprobar lo listo que fueron mis antepasados.

Hablábamos mucho de todo, pero sobre todo le gustaba el fútbol.

—En mi vida hay tres cosas por encima de todo y de todos. En primer lugar mi religión, en segundo mi rey y, por último, el Barcelona.

Entonces yo me reía, y como sabía que yo era del Madrid me decía:

—Tu ríete, pero cuando empecemos a ganar copas de Europa, te aseguro que ganaremos más que vosotros.

Esta conversación la solíamos mantener delante de un té con hierbabuena, después de habernos comido un tallín de pescado con una ensalada de zanahoria que Hadiya cocinaba, como siempre abundante y especiado, y del que nosotros dábamos buena cuenta.

—Esto se come como hay que comerlo: con la mano, eso sí con la mano pura, que siempre es la derecha —decía Ibrahim cada vez que nos reuníamos para almorzar.

De pronto me dio el alto un policía.

—Apártese al llegar a la explanada. Ha habido un accidente y hay que abrir paso a la ambulancia. Al llegar a la explanada mi compañero le dirá dónde parar.

Efectivamente, otro policía me detuvo de nuevo.

—Párese ahí, al lado de aquel camión.

Le hice caso y me puse junto al camión. Luego salí del coche. La curiosidad me podía, al igual que a las decenas de personas que se acercaban para ver el accidente. Aunque en estos casos es mejor no tocar nada, no podía resistirme a ver

Avant Editorial

qué había ocurrido. Parecía que había sido grave, pues la entrada a Castillejos estaba completamente colapsada.

Camino del lugar, un herrero que conocía de Ceuta se cruzó conmigo. Venía hablando muy acaloradamente con alguien que yo no conocía.

—Es un anciano, pero no estaba contado.

Es decir, que no le era conocido. Seguramente sería un don nadie. Me asomé por encima del hombro de una mujer que comentaba cómo había sido el accidente:

—Ha venido sin mirar y se ha puesto a cruzar, y el conductor no ha podido hacer nada.

El herido era un musulmán con una chilaba de paño bueno y turbante a la antigua. Iba descalzo, pero por su vestimenta deduje que si no llevaba las babuchas era porque las habría perdido al salir despedido en el atropello, y no porque fuera pobre. Tenía el cuerpo ensangrentado y, por lo que parecía, por lo menos una pierna rota. En esta observación estaba cuando le miré a la cara y entonces él, con un gesto de dolor y una súplica en los ojos, alzó una mano hacia mi durante un momento. Luego el cansancio debió vencerle y dejó caer el brazo.

Fue cuando la vi. La cicatriz. Era él.

Aparté a las mujeres que se interponían entre los dos, sin reparar en sus protestas, y me arrodillé ante el anciano. Él me sonrió.

—¿Sabes quién soy? —le pregunté.

—Un señor —replicó con voz vacilante.

Parecía que no me hubiera reconocido, quizá el golpe le había trastornado. Le abracé y él, a su vez, me cogió del brazo apretándomelo, y esperamos que llegase su muerte.

Castillejos ese domingo era un hervidero de gente que iba y venía. Vehículos, autobuses atestados, burros, caballos

Avant Editorial

con cabileños y su carga para el mercado, viejos camiones con sandías y naranjas del Lucus, taxis con más gente, y ruido, mucho ruido.

Así moría *el Rubio* aquel doce de agosto de 1986, y con él desaparecía una época.

Avant Editorial

Avant Editorial

CAPÍTULO 2

En casa me despojé de la ropa como si estuviera infectada. Entre el sudor y la sangre de mi amigo parecía que el accidente lo hubiera tenido yo. Tan manchado de sangre iba que al llegar a la frontera marroquí me exigieron explicaciones, y lo mismo sucedió en la española. Y también cuando llegué a casa, pues al verme empapado en sangre pensaron que era mía.

Me metí en la bañera para recapacitar sobre lo sucedido. La llené con agua templada, casi fría, y me sumergí en ella. No podía evitar recordar cómo nos conocimos, nuestra primera conversación, la forma en la que, poco a poco, nuestros encuentros se convirtieron en visitas que sentía necesitar. Para mí había sido un héroe de tebeo que en cada fascículo superaba un reto diferente, un héroe que me hacía vivir una nueva aventura cada vez que me hablaba de una parte de su vida, una historia que me fue enganchando como una droga.

El Rubio y yo nos conocimos el 28 de junio de 1956. Me acuerdo de la fecha perfectamente. Yo acababa de salir de guardia. Estaba pasando revista de armas para entregarlas al armero, cuando se me presentó un soldado y me dijo:

—A la orden de usted, mi sargento. De parte del capitán que se presente a él inmediatamente.

Avant Editorial

Aquello me sonó muy mal. Estaba deseoso de irme a casa y darme una ducha que me quitase el mal cuerpo de la noche en vela, para evitar que se durmieran los soldados de los distintos puestos. Pero también me sentía cansado porque cuando hacia las guardias evitaba en lo posible entrar en el cuartucho que llamaban cuerpo de guardia, pues si lo hacías estabas expuesto a coger chinches y llevártelos a casa.

Además, tenía la boca pastosa del paquete y medio de picadura que me había fumado durante la guardia, y en lo único que pensaba era en tomarme un buen café bastante cargado. Así que maldiciendo, eso sí para mis adentros, me presenté ante el capitán.

Lo primero que hizo fue preguntarme:

—¿Sabe usted qué día es hoy?

Por mi parte, lo primero que pensé era que bromeaba, y como estaba un poco espeso por la guardia le contesté:

—Mi capitán, creo que estamos a veintisiete.

—¡Creer, sólo se cree en Dios! Hoy es veintiocho de junio de 1956, y ¿sabe qué pasó hace exactamente cuarenta años?

Volví a maldecir para mis adentros, esta vez al capullo que tenía delante, que no se daba cuenta de que yo había salido de guardia y que no estaba para exámenes.

—No, mi capitán.

A mi capitán le gustaba mucho que le dijera su rango, no sé si porque se le olvidaba o porque cuando estaba en casa su señora le ponía firme.

—El veintiocho de junio de 1916, cuando se disponía a coger un fusil de un soldado moribundo, nuestro amado Generalísimo fue herido de gravedad, fue un milagro que salvase la vida.

Avant Editorial